

## A DIOS ROGANDO Y CON EL MAZO DANDO, HUMOR Y TOLERANCIA RELIGIOSA<sup>187</sup>

Boris BERENZON GORN  
Georgina CALDERÓN ARAGÓN

La Patria, después de Dios,  
tiene derecho a que nuestra alma,  
nuestro talento y razón,  
le consagren sus mejores  
y más nobles facultades.

Al analizar el humor político mexicano, se empieza a sospechar de la fortaleza del nacionalismo, el cual desde los siglos virreinales se debatió entre la patria, el estado y la religión. La nacionalidad puede entenderse en su sentido legal, lo que se refiere al nacimiento en un país y/o la elección del país del que se quiere ser ciudadano, de esto, no estaban completamente consientes los forjadores de la nación mexicana. Por ello, en un principio y más allá de un siglo, son confusos los símbolos nacionales, el territorio, la jerarquía política, las normas y valores societarios en donde destaca la relación de la Iglesia y el Estado.

Durante un siglo, vivimos detenidos en la ya trillada y simbólica frase “acátese pero no se cumpla” en la que Constitución dictaba una separación entre el mundo laico y el religioso, y en la práctica, los valores religiosos, los cánones establecidos por la Iglesia regían la vida cotidiana, en un desliz de “ni contigo, ni sin ti”. Así, el Estado aparentemente toleraba a la Iglesia y la Iglesia imponía una moral que dictaba el devenir de la nación. Esto fue apoyado por lo que podríamos llamar una psicosis de Estado que encubría, por un lado, el analfabetismo histórico y por el otro, la pugna entre liberales y conservadores. La respuesta no se hizo esperar: en menos de cien años, los

<sup>187</sup> Dejamos constacia de nuestro agradecimiento a Desiree Gasca y María Luisa Amezcua.

mexicanos le habían regresado el poder a los conservadores y a la Iglesia con la misma hipocresía de antaño. Baste como metáfora de lo antes dicho, la Iglesia inconclusa en Zamora, Michoacán que es el símbolo de la no conclusión del poder laico; por otro lado, la veneración de los mártires cristianos de la guerra cristera. Sin embargo, una rendija permitió que esta explosión tuviera una salida: la ventana del humor, el cual permite que de broma se diga lo que se piensa, como lo ha mostrado el psicoanálisis.

La destrucción de la nación indígena, seguida de un periodo turbulento, previno la creación de una nueva nación. Algunos intelectuales piensan que la sociedad mestiza generó el nacimiento de la nación mexicana, pero la traumática herencia de la conquista española ha creado efectos interesantes. Por ejemplo, los mexicanos odian el componente español de su sociedad, odiándose a sí mismos, porque los mexicanos no nos podemos entender sin el mestizaje que es el símbolo nacional, de allí que la religiosidad también sea el punto de convergencia de muchas tradiciones. Esto ha inhibido la emergencia del nuevo México y la creación de profundos sentimientos nacionales. Ni siquiera el discurso revolucionario sirvió para este propósito a largo plazo. Los regímenes revolucionarios son percibidos como autoritarios, y la cultura mestiza como una imposición.

Los valores nacionales reflejan los valores de la sociedad dominante. Consecuentemente, los mexicanos se burlan de estos valores, con lo cual rechazan la legitimidad de la estructura de poder. Recibieron al presidente en la ceremonia inaugural del campeonato mundial de fútbol de 1986 con gritos y silbidos, y se ríen de los símbolos nacionales. La bandera no es un símbolo intocable, y hasta se ha convertido en blanco de las burlas:

¿Por qué dices que tu tío es un viejo tricolor?

Porque tiene la nariz colorada, la cabeza blanca y el rabo verde.

Los chistes políticos merman la importancia del heroísmo y de la historia sacra. Un buen ejemplo se refiere a la guerra México-Estados Unidos de 1847, cuando las fuerzas invasoras estadounidenses tomaron por asalto el Castillo de Chapultepec en la ciudad de México, sede del Colegio Militar en aquel entonces. El castillo fue heroicamente defendido por un grupo de jóvenes cadetes.

La historia oficial dice que cuando la derrota era inminente, uno de los “niños” se envolvió en la bandera y saltó sobre el muro. Aun cuanto entregó

su vida para proteger la bandera, el humor político despoja a esta acción de su contenido heroico.

Dicen que el niño héroe envuelto en la bandera en el Castillo de Chapultepec no se lanzó, lo empujaron.

Los mexicanos se burlan de sus héroes, degradando la imagen de aquellos que destacaron históricamente, como lo muestra la siguiente broma: “El primer presidente bombero de México fue Bomberito Juárez”. Benito Juárez es una de las figuras más destacadas de la historia mexicana, y se le reconoce sobre todo por haber logrado en el siglo XIX la separación entre Iglesia y Estado, por medio de las leyes de Reforma. Manuel (*El loco*) Valdés utilizó este chiste en la televisión hace unos años, fue castigado por la estación televisora, la cual suspendió su programa y, según los rumores, fue obligado a pagar una multa. Cuando volvió al aire y después de pagar la multa, habló de su castigo y dijo: “¿Quién fue la ayudante de Bomberito Juárez? Doña Manguerita Maza de Juárez”.

Cuando los cómicos mexicanos, herederos de la comedia de las “equivocaciones”, cuentan chistes políticos, se preocupan poco por las multas y las sanciones gubernamentales. En los años sesenta, el famoso comediante Jesús Martínez *Palillo* era esperado frente al escenario por la policía para ser arrestado; mientras el público hacía eco de sus irreverencias aventándole dinero para pagar la multa, Palillo gritaba: “Agarren a López por pillito”. A Palillo se sumaron Enrique Alonso *Cachirulo*, Mario Moreno *Cantinflas*, quienes mostraban “el retozo, discreto y costoso de la burguesía”.

La “desheroización” es sarcástica, tal como se mostró en el chiste sobre los Niños Héroes anteriormente citado, tal y como se comprueba en el espacio y en las atribuciones que se les otorga a los ángeles, querubines y santos, quienes se vuelven parte de esta fiesta carnavalesca de la ambigüedad del ser nacional. A ellos sí se les rinde un gran respeto, y con ellos se burla el discurso del poder. Los mexicanos se burlan del martirologio, siempre y cuando no sea religioso, en una combinación en donde lo sagrado es sagrado hasta que, en algunas ocasiones, el humor permite una cierta libertad que busca dar lecciones de heroísmo y convocar la entrega a una causa.

Es muy posible que este tipo de irreverencia se deba a que la historia mexicana abunda en héroes derrotados, que se acumulan en un largo recuento desde la conquista española, lo que, al parecer, ha dejado profundas cicatrices

en la cultura mexicana. Ahí está para comenzar, el último emperador azteca, torturado para entregar las riquezas; los Niños Héroe, protagonistas de una derrota heroica frente a un ejército victorioso y, finalmente, la muerte por traición de los “triunfadores” de la revolución mexicana, en especial Venustiano Carranza, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata y Francisco Villa, quienes murieron sin haber podido llevar a cabo sus propuestas. El chiste político es un instrumento expresión del inconsciente colectivo que ayuda a liberar los efectos de la represión religiosa y gubernamental de la historia oficial y religiosa. El siguiente chiste revela cómo la sociedad utiliza y confronta el trauma histórico de la gestión maderista y la Iglesia poniendo en duda la religiosidad:

Al morir el presidente Madero, llega al cielo y le pregunta a San Pedro si Cristo puede recibirlo. San Pedro le lleva el recado a Cristo y éste dice: “Sí, que pase; Madero, como yo, prometió mucho y tampoco cumplió nada”

Tal vez, debido a esta historia traumática los mexicanos han adoptado a Juárez y Cárdenas como sus dos máximos héroes. Murieron de muerte natural habiendo completado su ciclo político e histórico sin ser vencidos a traición y, curiosamente, fueron dos presidentes prudentes y distantes de la religión.

El mexicano está acostumbrado a la traición. Ha visto una historia plagada de traiciones, en la que muchos de sus héroes han muerto entregados y todos temen la traición. Los políticos creen que los teléfonos están intervenidos, y son muy precavidos al hablar por teléfono refiriéndose a la llamada telefónica con la que se le anunció quién sería el candidato presidencial del PRI en 1982.

Una de las maniobras preferidas de los políticos para afectar la carrera de alguien, son las “chicanas”, que consisten en una serie de trucos sucios. Por ejemplo, alguien le habla mal del jefe a un tercero y luego va con el jefe y le dice lo que aquél dijo, como si el tercero hubiera iniciado la conversación de críticas contra el jefe. Esta maniobra se llama “tirar hilo para jalar hebra”. Por supuesto que ello puede representar el fin de la carrera de un político y la promoción del que lo traicionó. La traición es premiada en esta ocasión, con lo cual se demuestra que puede pagar dividendos y ser incentivada.

La desconfianza es uno de los principios que guían el comportamiento de los mexicanos y norma su cultura. Hay políticos (por lo menos de segundo y

tercer nivel) que, cuando se les cuenta un chiste sobre el presidente, aparentan que les molesta y hasta mueven las manos en señal de que hay que guardar silencio, como si hubiera micrófonos en las paredes. En realidad, también les preocupa no saber si son buenas las intenciones del que cuenta el chiste. Así exhiben su temor a ser blanco de ataques.

En la cultura política del mexicano esta desconfianza se traduce en incredulidad, porque duda que en las relaciones sociales y políticas haya fuerzas que actúen autónomamente y de que en ellas haya buena voluntad. El mexicano siempre cree que hay fuerzas ocultas que mueven las cosas, a las que acomodan de acuerdo con designios secretos.

Tal vez porque la política es secreta, subterránea y parece moverse a partir de un diseño y designio inescrutable, que bien podría no existir, la forma de participación política más amplia en México es el humor, porque también es oculto, anónimo, subterráneo y parece mover las cosas con una dinámica generada por los mismos designios que nadie puede ver, que tal vez no existan pero que se mueven en el terreno de la sociedad y no de los políticos.

Por lo que toca al papel del territorio en la formación de la identidad nacional, encontramos que el mexicano difícilmente reconoce como propio el territorio nacional, y los valores religiosos. Esto se puede ver desde los intentos frustrados de secesión en el siglo XIX en los que estados del sur de la república, en el casi nulo rechazo a la anexión del norte con Estados Unidos en el mismo siglo o en el distanciamiento que sistemáticamente y hasta la fecha mantienen los estados del norte respecto del centro. Ello puede deberse al hecho de que, históricamente, desde la ciudad de México se ha seguido una política centralista que contradice el sistema federal, la Constitución y hasta la retórica federalista que arranca en el siglo XIX.

La nacionalidad es una problemática religiosa que el humor mitiga, y un proceso voluntario que se asegura por medio de ordenamientos jurídicos, algo con lo que se consigue un pasaporte y una licencia de manejo; pero el nacionalismo requiere un ingrediente de emotividad, identidad, lealtad y pertenencia. Alguien puede ser mexicano e interesarle poco las cuestiones nacionales, la política entre ellas. Cuando sus intereses se ven afectados, buscará protegerse de la mejor manera, pero sin tomar en cuenta el bien nacional; si es de posición privilegiada, seguramente sacará su dinero del país, pero también podrá robar o corromperse.

Considerando habitual este comportamiento en México, se puede aventurar que en el país no hay cultura cívica. Existe un compromiso social poco

desarrollado y un débil propósito común para unificar el país. Todavía no queda claro si existe un proyecto de nación. Por este motivo, los pactos sociales se desarrollan en un ambiente de incertidumbre, los compromisos sociales, una vez asumidos, no se cumplen, y no imperan relaciones de confianza, motivo por el cual todos los trámites deben ser certificados por un notario público.

Existe una tendencia acentuada a usar al país. El poder, los puestos, la autoridad, etcétera, son para ser usados, no para cumplir un compromiso social. Por eso, el mexicano fuga su dinero del país, aduciendo que no le tiene confianza al gobierno, y sí a la Iglesia o a las iglesias. Es el Todopoderoso el que, según esto, debería dar garantías de todo. El político se corrompe porque en primer lugar se encuentra su “seguridad personal”. Se da por supuesto que lo individual y lo colectivo están totalmente disociados.

En una evasión del análisis serio y responsable sobre la falta de sentimientos nacionales, es común escuchar que se culpe a todo, hasta a la conquista española. La conquista provocó un conflicto de culturas, del que resultó una síntesis dominada por los valores españoles, aunque con patrones de autoexclusión de ciertos sectores sociales. Llega a tal grado la recriminación a los españoles, que todavía hoy se oye hablar mal de los “gachupines”. Tal vez por esto las múltiples nacionalidades que ha recibido México han aportado poco a la cultura nacional, pero aparentemente han asimilado lo peor de la cultura mexicana: la xenofobia. Los mexicanos odian a los extranjeros y los extranjeros se odian entre sí. De este modo, cuando el humor ridiculiza al país, y lo que éste contiene, es porque, emocionalmente, lo nacional no existe; luego entonces, no hay ya nada que defender. Tampoco existe el elemento histórico que ofrezca un modelo del cual enorgullecerse. El nacionalismo es la recapitulación de la historia mexicana, pero la historia es una recolección de hechos traumáticos; consecuentemente, los mexicanos carecen de soporte histórico en el que apoyar su orgullo.

El chiste político tiene largo alcance, de manera que daña no sólo la imagen de la nación, sino también la de los políticos. El chiste denigra y ridiculiza la imagen nacional, con lo que les envía un mensaje más severo a los políticos, que son responsables en alguna instancia del engrandecimiento nacional. Considérese el efecto de los chistes siguientes sobre la imagen de México:

Dicen que la cuestión consiste en que el país aún no ha sido inaugurado, porque apenas se están haciendo las pruebas.

Cuando Dios creó el mundo llegó a México y dijo:

—Dense mares. Y le puso dos océanos.

—Dense metales. Y le dio oro y plata.

—Dense energéticos. Y le dio petróleo.

—Dense tierras. Y le dio tierras fértiles.

Así siguió hasta que sus asesores le dijeron:

—Señor, mira cómo has desbalanceado a ese país, le has dado de todo. A lo que dios contestó:

—Bueno, para equilibrar, llenémoslo de mexicanos.

Dicen que México tiene por frontera al norte a Estados Unidos, al sur a Guatemala, está rodeado de agua, tiene mexicanos y aun con eso subsiste.

Cuando uno escucha chistes como los anteriores, parece no quedar duda de la autodenigración, y la esperanza de que la religión lo soluciona todo lo que la existencia de tendencias autodestructivas, aspecto sobre el que tengo dos explicaciones posibles. En la primera, consideraríamos que quien cuenta el chiste no se siente parte de ese México injuriado, y que, por lo tanto, se coloca por encima o fuera del alcance de la injuria, para que sean los responsables de la situación traumática los que reciban el golpe. El que cuenta el chiste es de quienes hacen las pruebas para que el país salga bien, no de aquellos a los que Dios puso “para equilibrar” las cosas a pesar de los cuales subsiste México. La culpa es de los políticos por sus fallas e irresponsabilidades. Pero desde una perspectiva más amplia, y ésta sería la segunda explicación, las consideraciones mencionadas pueden apoyar el argumento de que el mexicano padece complejo de inferioridad, como lo sugieren algunos autores.

El mexicano se exonera a sí mismo al burlarse de la patria, sus símbolos y sus héroes, porque cree estar más allá de todo eso. De hecho, convierte en agresión su insatisfacción. De lo que no hay duda, es de que el mexicano parece haber perdido la pasión que reclama el patriotismo y expulsado a la patria de su orden de prioridades, de modo que el principio de “La Patria es Primero” (aun por encima de la propia vida) parece haber quedado arrumbado en el pasado, simplemente como una frase célebre más.

Esta situación resulta en el deterioro de valores y símbolos para la sociedad mexicana. Su consecuencia política es la relativa ausencia del consenso. Cuando este cuadro se combina con la percepción del poder, no queda sino preguntarse cómo es posible que el sistema político mexicano haya logrado estabilidad por varias décadas sin revueltas mayores.

El culto religioso comenzó a tomar forma de manera consistente durante el siglo xvii, según coinciden numerosos estudiosos del tema. Durante los años coloniales, el fervor hacia la Virgen de Guadalupe, los santos y la Iglesia católica, fue creciendo y pasó de ser un culto netamente indígena a una devoción criolla —esto es, para los españoles nacidos en América— y fue así que su imagen se convirtió en el estandarte de la alteridad entre la España europea y la Nueva España americana, al exceso de hacer de la patrona de la Américas es la depositaria del desarrollo nacional.

Era de esperarse que el fervor patriótico se expresara en términos históricos y religiosos, y que se llevaran a cabo esfuerzos conjuntos entre la Iglesia y la Corona española para lograr afianzar, como lo mandaban los estatutos post-tridentinos, la veneración hacia las imágenes y la exaltación de los santos en las naciones fieles a Roma como España y, por ende, en sus virreinos. Estos afanes se llevaron a cabo con éxito, mas, para ser justos, el crédito se tendrá que repartir entre ambos poderes mencionados, junto con el manifiesto anhelo de algunos hombres novohispanos por lograr, a través de la imagen de la Guadalupana, una incipiente diferenciación ‘nacional’ frente a la metrópoli hispánica.

Así, la Virgen de Guadalupe se convirtió en el estandarte enarbolado por una colonia que se enorgullecía de que, en su propio territorio y como muestra de elección divina, se hubiera llevado a cabo tal portentoso celestial. La ‘nación’ mexicana, la imagen dada a Juan Diego, ese ser humilde y obediente, que fue premiado con el honor de recibir la milagrosa floración de María Guadalupe; a los españoles, se les entregó un recuerdo de la herencia del culto extremeño traído por los primeros conquistadores. Los mestizos se emparejaron con la morenita del Tepeyac, mientras que los criollos vieron en ella a la señora de los cielos que eligió a su patria como la sede de la milagrosa aparición.

En su gran mayoría, indios y mestizos, españoles y criollos, se vieron cobijados bajo el manto de la Guadalupana y se sintieron adoptados por ella como su ‘madre’. No en balde, para los primeros años del México independiente, y justo en los tiempos cuando se intentaba romper con todos los lazos que habían unido a México con España, uno de los pocos símbolos —y, sin embargo, el más fuerte y consistente— que sobrevivió, fue el de la Iglesia católica.

¿Qué simboliza el venerado icono para el mexicano actual, quien se encuentra inmerso en la globalización sin haber salido aún de sus miserias económicas ni haber terminado de digerir su propia historia, compleja y, en ocasiones, dolorosa? Sin duda, lo expresado líneas arriba de forma muy esque-



mática, servirá para explicar la situación presente respecto al culto. Nuestra réplica no pretende ser concluyente, pero sí podemos certificar que se pueden apreciar los siguientes rasgos en la actualidad.

Para empezar, la fama e influencia de la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe enraizaron fuertemente en el suelo mexicano, mas también lo han trascendido ya, y han cruzado las fronteras hasta llegar a instituirse en altares que portan su imagen en iglesias de muchos países. Los chicanos graban su imagen en sus espaldas o brazos, o bien, la dibujan en 'graffitti' en las paredes como un signo distintivo frente a la realidad norteamericana que los circunda. De igual forma, la población católica 'anglosajona' de los Estados Unidos ya ha aceptado este culto dentro de sus parroquias.

Ya en 1884, el liberal mexicano Ignacio Manuel Altamirano escribía que positivamente, el que quiera ver y estudiar un cuadro auténtico de la vida mexicana, el que quiera conocer una de las tradiciones más constantes de nuestro pueblo, no tiene más que ir a la Villa de Guadalupe un 12 de diciembre. Es la ciudad de México la que da cuenta que se traslada al pie del santuario, desde la mañana hasta la tarde, formando una muchedumbre confusa, revuelta, abigarrada, pintoresca, pero difícil de describir.

Los humanistas han intentado explicar este fenómeno social, sobre todo, en los terrenales de la llamada religiosidad popular, término que resulta un tanto injusto al momento de describir esta compleja realidad. Y es que no sólo las clases populares son devotas, sino que la devoción trasciende los estratos sociales de forma vertical y horizontal, y se menea en ellos con igual facilidad. Esto es algo intruso y desbordante de la fiesta católica que se ofrece ante la mirada del crítico que, desde el humor, ve la mezcla de personas, de estratos sociales, de realidades desunidas por la misma fe.

El fenómeno religioso tampoco se ha disgregado del proceso de secularización de la sociedad. Esto, aunado al hecho de que a la vez se encuentra fuertemente arraigado en la vida del mexicano, trae como consecuencia que algunos grupos de personas se consideren a sí mismos fuera de la jurisdicción de la iglesia católica, se precien de continuar siendo religiosos. En una palabra, para el mexicano —nos dice Rodolfo Usigli en su sarcástica y hermosa *Corona de Luz*— la Virgen de Guadalupe es tridimensional. No la discute ni la analiza, porque la respira y la siente en él.

Hoy en día podemos ver la pugna entre los valores religiosos y las necesidades sociales a partir de entender como el humor expresa de muchas maneras las contradicciones vitales, derechos humanos y los absolutos religiosos, como

el aborto, la eutanasia, los matrimonios entre el mismo sexo. Es sintomático mirar las muchas sátiras que de manera discreta son toleradas para soportar el binomio Iglesia-Estado como un modelo impuesto, desgastado y denigrante. El paradigma de ambas instituciones se ha descompuesto tanto como la sociedad; y el humor como fiel de la balanza sostiene la crisis, la catarsis, de los derechos humanos que son burlados todos los días, desde la violencia, la corrupción y el olvido del ser humano. Todos los mexicanos rezan, abrazan sus propias e históricas contradicciones, pero indudablemente dan con el mazo desde el humor a la doble moral, a las buenas conciencias y entre ellos mismos. ¿O será que al que madruga Dios lo ayuda en el horario de invierno o de verano? o No por mucho madrugar aparece más temprano

#### BIBLIOGRAFÍA

- BERENZON, Boris, *Los retratos de la re/vuelta. El discurso del Humor en los gobiernos "revolucionarios"*. Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara, 2010.
- CONNAUGHTON, Brian F. *Las fuentes eclesiásticas para la historia social de México*. México, UAM, 1996.
- GUERRA, François-Xavier y Annino, Antonio (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*, México, FCE, 2003.
- MATUTE, Álvaro (editor). *Estado, iglesia y sociedad en México: siglo XIX*. México, UNAM-Porrúa, 1995.
- MONSIVÁIS, Carlos. *El estado laico y sus malquerientes (crónica/antología)*. México, UNAM-Random House Mondadori, 2008.
- VIQUEIRA ALBAN, Juan Pablo. *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*. México, FCE, 1987.

INDEPENDENCIA

DE

»MEXICO.»



MEXICO: 1842.

IMPRESO POR IGNACIO AVILA

Calle de Donceles núm. 18.

1842 053012